

“EL QUE CAZABA LAS ESTRELLAS”

Miguel Ángel Pérez Hernández

Mudwala estaba triste. A pesar de que el gigantesco Sol se había ocultado hacía rato, por el amarillento horizonte de la sabana, y ya las primeras estrellas comenzaban a brillar sobre el impresionante cielo negro típico de aquellos maravillosos parajes naturales, esos paraísos para todo observador dónde la contaminación lumínica es sólo un rumor, un mito. Pues a pesar de eso, Mudwala, el joven indígena, estaba triste, muy triste.

Pero, ¿cuál era el motivo de su tristeza?. La causa no era otra que la marcha de su amigo Stefan, al que todos llamaban “el que caza las estrellas”. Stefan era un extranjero, procedente de los países bajos, y era un apasionado de la astronomía. Había viajado hacia aquellas tierras de Zimbawe con un único motivo, inmortalizar el eclipse total de Sol que se iba a presenciar al día siguiente. Una vez que concluyera el eclipse, regresaría a casa y eso a Mudwala no le gustaba mucho.

Cuando llegó al pueblo, una semana antes, Stefan había causado una gran impresión, pues portaba entre sus cosas un extraño objeto de aspecto metálico y que tenía un gran ojo con el poder de capturar a los intocables astros del cielo. A Mudwala y a otros muchos nativos del lugar, aquel artefacto les llamó enormemente la atención, provocando entre otras sensaciones, intriga y a la vez miedo. Por las noches, cuando caía el Sol, aquel hombre de pelo dorado y ojos claros como el cielo del mediodía, preparaba el telescopio, que así le hizo saber a Mudwala que se llamaba, y lo dirigía hacia el firmamento, entonces como por arte de magia en otro ojo mucho más pequeño que tenía aquel misterioso instrumento en la parte posterior, aparecían unas bolas de luz diminutas y muy brillantes que parecían arder e incluso algunas parecían inflarse y cambiar de color.

Stefan, viendo la curiosidad del joven noche tras noche, fue instruyéndolo poco a poco y mostrándole los diferentes objetos que la noche mostraba. De esta forma,

Mudwala aprendió que existían grupos de estrellas a los que se les llamaba cúmulos, habían otros extraños objetos que parecían fantasmagóricos espíritus de la noche envueltos en humo, Stefan le enseñó que se llamaban nebulosas. Le enseñó las galaxias, que para Mudwala eran como las serpientes enroscadas que día a día veía entre la vegetación, y algunas le parecían más espíritus, con enormes brazos extendiéndose como si quisieran atraparlo. Y así, noche tras noche, Mudwala fue aprendiendo cosas y cambiando su visión del Cosmos, despertando cada vez más su interés por aquellas maravillosas formas que el telescopio le revelaba.

Stefan a veces cogía un cuaderno y dibujaba sobre el blanco papel los objetos que observaba, ayudando de esta forma al joven nativo a interpretar mejor sus formas y sus detalles. De ese modo, el chico logró comprender por qué tenían algunos objetos determinados nombres, asociados siempre a la región en la que se observaban o a sus peculiares formas. Esa noche, la última noche previa al eclipse, el astrónomo le explicó a aquel joven pastor de doce años, que aquellos brillantes y diminutos puntitos que veía en el cielo y a través del ocular – ese era el nombre del ojo pequeño – eran estrellas como el Sol, pero que estaban muchísimo más lejos y por eso no se las podía ver de igual forma. Esto al joven no le hizo mucha gracia, es más, no podía ser cierto pues el Sol era único y todopoderoso, a él debíamos la vida, las cosechas, todo lo que hacíamos era posible gracias a él, y eso en cierta forma le preocupaba, pues el hechicero de la tribu, uno de los hombres más sabios del poblado, había presagiado un terrible mal para todos ya que corría el rumor de que el todopoderoso Sol sería engullido por una esfera invisible, un demonio de la noche y apagaría su luz, convirtiendo el día en la más absoluta oscuridad.

Stefan no pudo impedir que brotara una sonrisa de su cara. Le explicó a Mudwala que no había de qué preocuparse, pues cierto era que durante algunos

segundos el día se convertiría en noche. Entonces los animales se irían a dormir y los depredadores y resto de animales nocturnos comenzarían su actividad, pero sólo lo harían durante un corto espacio de tiempo pues de nuevo la oscuridad dejaría paso a la luz del Sol y la noche se transformaría en día, cantarían de nuevos los gallos y todo volvería a la normalidad. Le explicó, que tal demonio de la noche no era otra cosa que la Luna, que cuando está en su fase nueva, único momento donde se puede producir un eclipse de Sol, no se ve pues su cara no iluminada da hacia nosotros. Le hizo comprender que a ese fenómeno se le llamaba eclipse de Sol y consistía en una alineación Sol – Luna – Tierra, y era exactamente lo que él había venido a cazar con su cazador de estrellas, es decir, su telescopio y su cámara fotográfica.

De esa forma, Mudwala pudo disfrutar como nunca de aquello a lo que Stefan llamaba su hobby y su pasión, y que tenía la denominación concreta de “observación astronómica”. Llegó el momento del eclipse y Stefan preparó el telescopio y todo el instrumental, en esta ocasión tapó el gran ojo, con una especie de plato metálico que tenía un nombre muy extraño, como si de un gran Dios se tratara. Stefan le dijo que aquello era un filtro para protegernos del enorme calor de la luz solar, algo que era muy peligroso para nuestros ojos, y el extraño plato se llamaba “H-Alpha”.

Cuando Mudwala acercó el ojo al ocular para contemplar por primera vez al Sol, con su auténtico rostro, no pudo evitar dar un fuerte grito y salir corriendo con tremendo pánico. Desde la distancia y acurrucado en el suelo tapando sus ojos con las manos, exclamaba: “¡se ha enfurecido!, ¡no debería haberle mirado!, ¡se ha enfurecido por haberle mirado!. Otra sonrisa acompañada esta vez de cierta pena, se mostró en el rostro de Stefan, ojeó por el ocular y pudo ver una gran protuberancia, se acercó entonces al muchacho y le dijo que lo que veía no era a un Dios enfurecido porque un mortal se atreviera a mirarle directamente, sino el auténtico aspecto de una estrella en plena

actividad.

Mucho le costó al joven, comprender todo aquello, y mucho más el volver a poner el ojo tras el ocular. Pero poco a poco fue entrando en razón y comprendiendo lo que su amigo le decía. Entonces, Mudwala comenzó a ver al intocable Sol desde otro punto de vista, un punto de vista que le daba admiración y respeto, pero en el que el miedo asociado a todas las leyendas y creencias propias de su religión y su cultura, desaparecía. Llegó el momento en el que la Luna comenzó a cubrir al Sol, el día se hizo noche y las estrellas más brillantes aparecieron de nuevo. Apareció majestuosa la corona solar mostrando su esplendor perfectamente apreciable a simple vista y luego, casi sin percatarse de ello, el proceso se tornó y la oscuridad dejó paso a la luz de nuevo y todo volvió a la normalidad, quedando las cosas tal y como estaban, sin cataclismos ni desgracias algunas.

Aquel día, Mudwala cambió su punto de vista sobre las cosas y comprendió que todos formamos parte de un todo global, de un Universo, del Cosmos. Comprendió que el Sol, al que efectivamente debemos gran parte de nuestra existencia, es por otro lado un componente más de ese todo, una nota más en la armonía del Universo de la que nosotros, sin duda formamos parte.

Cuando concluyó el eclipse, Stefan recogió su equipo e hizo las maletas llegando al triste momento de la despedida. Entonces el hombre que cazaba las estrellas hizo entrega a Mudwala de algo. Era un paquete alargado, Mudwala se preparó para abrirlo pero Stefan le pidió que esperara a que cayera la noche. Se dieron un abrazo y el astrónomo, el amigo que tanto le había mostrado en aquellos pocos días, partió con una lágrima recorriendo su mejilla. Mudwala no lloró, pero la tristeza le desgarraba por dentro.

Respetando la decisión de su amigo y haciendo enormes esfuerzos para

contenerse, el joven pastor esperó a que cayera la noche. Cuando hubo acabado sus tareas diarias, se dispuso a abrir el presente que su amigo le había dejado. Cuando abrió la caja no podía creer lo que veían sus ojos, ¡Stefan le había dejado su telescopio!. Junto a él halló una nota en la que habían escritas unas líneas que le acompañarían el resto de su vida, en dicha nota ponía:

“Cuando levantes la mirada hacia el infinito titileo de las estrellas recuerda que en algún otro lugar, yo y miles de aficionados de todo el mundo estaremos haciendo lo mismo, de esa manera, nunca te sentirás solo”.

Tu amigo, Stefan.

FIN